

Temas de sobremesa

Por: Hugo Goldsack

Ha muerto un amigo de Dios

63960

b 2.

6- J.S. 1982

Diccio Austral. Temas,

Por casualidad, me enteré de la muerte del poeta Carlos Casassus, fallecido en Santiago. Lo supe por un sentido artículo de Fileho, quien me recuerda como uno de los antiguos amigos de este hombre que publicó cuatro libros singulares: "Latidos", de 1928, "Altamar", del 39, "El Romance de las Sirenas" del 49 y "Mi Alquimista" del 63. La noticia me impresionó realmente, porque, al conjuro de su nombre, todos los fantasmas de mi remota juventud se me agujaron en los balcones del recuerdo, como los de Odiseo cuando descendió a los infiernos: Unos, melancólicos y aquafáticos como "Papel de Luna" Jorquera, otros, románticos y elegantemente desgarrados como Julio Moncada, el poeta, a quien llamábamos "El Dencel de Don Enrique el Doliente"; otros, recordados como Serafín Soto, que no dejaba nunca de sonreir para no entrar en contradicciones con su alado nombre; otros, en fin, nerviosos, atormentados e incurablemente generosos como Nicomedes Guzmán... Con su desencarnación, Casassus reduce aún más el erosionado y encanecido grupo de los que hemos logrado sobrevivir.

Trabajábamos, por entonces, en el Departamento de Extensión Cultural, organismo que dependía del antiguo Ministerio de Trabajo. Yo había llegado allí, recomendado por el Presidente Aguirre Cerda, y el Director, que era, a la sazón, el novelista Tomás Gutiérrez Martínez, que tenía un notable sentido del humor, me envió a los sindicatos y sociedades mutualistas a perfilar por unos miserables billetes, pronunciando terribles filippicas contra el vicio en general y el alcohol en particular.

En aquel oasis de fraternidad e inteligencia trabajé, por primera vez, amistad con Carlos Casassus. De mediana estatura, el poeta hacia una impresionante cara de Nefilón de operático: Generosa cabellera rizada, frente con profundas entradas laterales, nariz aguileña, labios delgados y apretados a la dureza, prenunciante prognata y unas espesas cejas, de las cuales la derecha se encaraba distólicamente, para servir de marco adecuado a los ojos pequeños y cerradores.

Todo esto era por fuera. En el fondo, irradiaba bondad, simpatía, entusiasmo. Jamás se le oyó hablar mal de alguien ni decir que no a un peticonamiento.

"Mal", de Charles Baudelaire y me había convertido en su verdadero Juan el Bautista. Le hablaba, con loco entusiasmo, de mi hallazgo a quien me quería escuchar. Una tarde, caminando por Ahumada, cometí la imprudencia de preguntarle:

—Te acuerdas Carlos de aquel soneto de Baudelaire a los gatos que empieza: "Los amantes fervorosos y los sabios austeros..."

Apretando aún más los labios contra los dientes, me saludó una mirada glacial y cortó el diálogo con esa afirmación rotunda:

—Yo no sé más poemas que los míos.

Y no mentía, porque era, en verdad, un maestro en la interpretación de sus propias creaciones. Recuerdo que cuando recibía su aplaudido poema "Valparaíso", empleando a fondo su voz magnífica y sus inagotables facilidades histrónicas, que nos hacían recordar las del uruguayo Carlos Sabat-Escrivy, vibraban las copas y los vidrios de los ventanales. Pero el apogeo de ese actor que era la profesión lo marcaba la inimitable interpretación de su canto "A la Cueva Chilena". Aun cuando sus amigos, que sabíamos lo que habría de sobrevenir, rechabamos prudemente sillas y mesas a fin de dejarle caer a su brisa inspiración, pronto el local se hacia estrecho para el poeta, en cuya voz cabía, entero, el desbocado universo sonoro de una cueva de punta y lomo, y cuyo cuerpo prestaba eficacísima colaboración a los versos, agrandando brazos, poniendo con los nudillos y haciendo retumbar el suelo con los pies. Poseído por aquel furor pánico, no veía ni oía a nadie. Terminada la interpretación, lo premiábamos con el más entusiasta de los aplausos, pero él, consciente de su genio, se limitaba a sonreír levemente, como la Eslinge por debajo de sus cejas demoniacas.

Ya por aquel tiempo, las meditaciones místicas consumían parte muy significativa de su tiempo. Posteriormente, aseguró que había entrado en comunicación con Dios y más de una vez nos aseguró que se comunicaba habitualmente con él por teléfono. Un cristiano muy católico aunque un tanto cruel aprovechó esta circunstancia para hacerle una revista verdaderamente inmisericorde. Carlos murió convencido de que era el último salvaje sobre la tierra, y que nadie

Ha muerto un amigo de Dios [artículo] Hugo Goldsack.

Libros y documentos

AUTORÍA

Goldsack, Hugo, 1915-1988

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ha muerto un amigo de Dios [artículo] Hugo Goldsack.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)